

# MIRET MAGDALENA

**EL MIEDO A LA LIBERTAD** Hace unos años, el semi-marxista y semi-psicoanalista profesor Erich Fromm hizo la mejor requisitoria contra la dictadura y la coacción en su excelente libro «El Miedo a la Libertad».

Habíamos salido de la trágica guerra mundial de 1939-1945 y estábamos todavía impresionados por los perniciosos mitos que habían subyugado a buena parte del mundo en contra de la libertad.

Un grupo de psicópatas hábiles —al mando de Hitler— supieron captar las raíces inconscientes del pueblo alemán y de otros muchos hombres, consiguiendo así el más fabuloso engaño lleno de atractivo que recuerda la historia.

La apelación, cuidadosamente disfrazada de razones a nuestras tendencias internas más confusas, hizo este «milagro».

«Milagro» que el mundo occidental, bajo capa de democracia, está constantemente renovando con el manejo de palabras sugestivas, usadas hábilmente por la política mundial, la propaganda o los medios de comunicación social.

Este mundo «telúrico» —como le llamaba el filósofo Keiserling— fue analizado exhaustivamente por Freud, y su importancia decisiva hoy vuelve a resurgir tras un período de escepticismo hacia el psicoanálisis.

Sociedad civil y sociedad eclesiástica han vivido, en el fondo de su estructura, un mismo clima y un mismo género de ordenación social. El feudalismo paternalista, o claramente dictatorial, ha estado —y sigue todavía en buena parte— presente en la estructura humana de la Iglesia y en la de nuestro mundo moderno.

El autoritarismo, la autocracia y —como justificación falsa de ello— la falta de confianza en el hombre, son actitudes que están implícitas en todo fascismo, de Iglesia o de sociedad, se llame como se llame. Y el resorte que mantiene esta estructura, que con toda razón podemos llamar feudal —por el fomento paternalista del afán de seguridad—, es la insistente apelación a ese afán de seguridad.

Se describen los males que aporta la falta de seguridad y el riesgo que necesariamente entraña la posibilidad real de libertad. Se crea así una cierta psicosis de angustia por el futuro, y, ante cualquier proposición de mayor libertad, surge automáticamente el no.

Le sigue ocurriendo esto a la Iglesia y, en buena parte, a las sociedades de hoy, porque siempre hay —como ha comprobado Marcuse—, en todas las esferas sociales, de los potentados, de la clase media y de los obreros, un fuerte desarrollo de este oscuro y neurótico afán de seguridad, mantenido inmaduro en el pueblo creyente —y, a veces, entre el pueblo ciudadano de las modernas sociedades— por aquellos que poseen en sus manos la influencia.

El Papa, ni ahora ni cuando hace poco habló de España, se mete en asuntos temporales de carácter técnico. No quiere hablar de la copa Davis, a la que comparaba, con incomprensible sorna, un eclesástico conservador las frases que dedicó a nuestro país en el discurso conmemorativo de su coronación. Pero no tiene, sin embargo, más remedio —sin traspasar su cometido— que hablar, de cara a todo el mundo, de aquellos valores humanos que el cristianismo ha propugnado más o menos tímidamente siempre y que pueden, y deben, tener implicaciones importantes sobre todo orden social actual o futuro.

Ahora, en sus charlas de los miércoles, vuelve a insistir Pablo VI sobre uno de los temas básicos del que empieza a ser profundamente consciente el cristianismo: la libertad.

Yo pienso, a causa de esta constante y concreta enseñanza del Papa, que no es preciso hacer declaraciones de devoción al Santo Padre —como las hechas, hace unos días, por un grupo de bienintencionados y beneméritos sacerdotes en Segovia— si, al mismo tiempo, no se recuerdan y aplican, por ejemplo, sus frases concretas y recientes dirigidas a nuestro país y a nuestros obispos, que deben comprometerlos a todos en un quehacer, social y religioso, definido. Por eso hubiésemos deseado algunos que, el conjunto de obispos reunidos recientemente en asamblea en Majadahonda, hubiera publicado, sin más espera, un claro análisis y una clara orientación en forma inmediata y plenamente satisfactoria en vez de limitarse a la pro-

mesa de un estudio y de un documento futuro, con gran escándalo de la impaciencia cristiana de muchos.

En el discurso conmemorativo de su coronación, discurso precursor del que acaba de pronunciar Pablo VI sobre la libertad, aborda los más diversos y acuciantes problemas —¿y quién no los tiene?— del mundo actual. Sigue la postura del católico Maritain —tan traído y llevado hoy en boca de los conservadores—; y que es el mismo Maritain del que tenían que responder Pio XII y Monseñor Montini ante los ataques —hoy convertidos en alabanzas— de este grupo de inmovilistas que hay en la Iglesia. El mismo que ha inspirado a Pablo VI, y que piensa igual ayer que hoy, que «el filósofo —y añadido, con igual razón, el pastor y el teólogo, como da ejemplo el Papa— no puede encerrarse, especialmente en nuestra época, en una torre de marfil; no puede evitar relacionarse con los problemas humanos en nombre de la misma filosofía... tiene que testificar estos valores cada vez que son atacados, como —poniendo un ejemplo extremo— en el tiempo de Hitler, cuando las insanas teorías racistas sirvieron para provocar el asesinato en masa de los judíos...; esto puede tener repercusiones en el terreno de la política, (pero) en sí no es una acción política...; esto significa que nadie, ni siquiera los filósofos, puede evitar correr riesgos cuando la Justicia y el Amor están en peligro» (J. Maritain. «Utilidad de la Filosofía»; Ed. Morata, Madrid).

Quien se deja llevar por el temor —por mucho que lo disfrace de razones— no debe olvidar que éste desintegra a la sociedad, eclesial o no eclesial; y que el dirigente espiritual —filósofo, teólogo o pastor— es quien mejor puede, en nuestro mundo actual, tan atascado de atractivos engaños, sacarnos del círculo de hierro psicológico del temor, que nos oprime muchas veces angustiosamente sin darnos cuenta y nos impide ser libres.

«La libertad... es un requisito del bien común mismo de la sociedad humana», recuerda Maritain; y no olvidemos que la Iglesia también es una sociedad que tiene una extensa estructura humana, y que —en el catolicismo y fuera de él— hay muchos temerosos que lo único que consiguen con su miedo es que esa sociedad —y toda sociedad— «se desintegra tan pronto como el temor reemplaza a la convicción interna e impone cualquier clase de consignas sobre las mentes» (J. Maritain. «Utilidad de la Filosofía»).

Rotas las caducas ataduras medievales, llenas de autoritarismo y de paternalismo ciegos, si no nos queda más que temor, y no una convicción personal, ya no queda nada; y, entonces, la libertad no es más que caricatura de libertad, por culpa de esos temerosos que no supieron desarrollar convicciones, sino poner cada vez más barreras exteriores que hoy apenas sirven de nada.

Pablo VI —discípulo consciente de Maritain— recuerda ahora claramente que, en la Iglesia y fuera de ella, la libertad es un valor profundamente estimable que nadie puede, ni debe, sustituir por el temor. «Nuestro tiempo —dice el Papa el 9 de julio pasado—, del que el Concilio se ha hecho intérprete, es un tiempo que exige la libertad, y hemos de sentirnos a la vez felices y responsables de esta fortuna histórica que nos ha tocado vivir». Ni el Papa, ni nadie inteligente, pide el desorden por el desorden; pero el «despliegue de la libertad», sí. Y éste deberá ser, en todos los órdenes sagrados o profanos, «más amplio, más espontáneo e incluso más precoz», según el Pontífice. Porque no sólo ha de haber mayor libertad para los maduros, sino también para los jóvenes, a los que no debemos poner barreras, sino estimular el desarrollo de convicciones personales.

Pablo VI ofrece —para un próximo futuro— al menos lo que está en su mano: una Iglesia con «menos obligaciones legales y menos inhibiciones interiores», porque los tiempos exigen más espontaneidad y, para fomentarla, «quedará reducida la disciplina formal, abolida toda intolerancia arbitraria, todo absolutismo».

Esto es lo que debe vivir todo grupo humano, religioso o no religioso, sea de la amplitud que sea; desde la pequeña pero afortunada experiencia de libertad que se ha dado a los enfermos mentales de Ciempozuelos, a la que se debe dar a los enfermos sociales de nuestras engañosas sociedades modernas o a los enfermos de crisis religiosa de nuestras Iglesias.